



# LOS TEATROS INDEPENDIENTES

Inés Trejos

Siento un gran respeto por los teatros independientes porque no se puede pensar en el movimiento teatral que existe hoy, sin buscar sus fuentes. Ellas se encuentran en todos los teatros independientes que afloraron en el país, producto de un entusiasmo y un interés hacia la expresión dramática.

En aquel tiempo, para los que amaban el teatro era muy triste depender únicamente de los viajes que les permitían saborear el teatro internacional o de giras de compañías dramáticas que, casi por accidente, nos ofrecían entonces sus temporadas artísticas. Además, esa inquietud por el teatro que algunos llevaban adentro, no podía materializarse porque el país carecía de las estructuras necesarias para ello.

Lejos de las aulas escolares o colegiales, donde las dramatizaciones constituían el primer peldaño en el desarrollo teatral, los jóvenes se aturdían con el cine, pero no era suficiente. Entonces surgían intereses variados que se traducían en alguna puesta en escena, realizada de una manera ciento por ciento aficionada y que, después de una o dos funciones ingresaba al capítulo, ya de por sí nostálgico, del anecdotario del olvido.

En los años cuarenta la Universidad de Costa Rica, en la tranquila zona del Barrio González Lahmann reunía a jóvenes que buscaban ampliar horizontes y a quienes limitaba el estrecho currículum que comprendía Derecho, Farmacia y Agronomía. Muchos de ellos no satisfacían sus aspiraciones únicamente con la carrera elegida y buscaban expansión espiritual en actividades que podían realizar al amparo de la Escuela de Bellas Artes con su aureola romántica de arte, bohemia y, un poco, la osadía de actitudes que rebasaban los estrechos cauces pueblerinos de la San José de entonces. Esto permitía reunir a estudiantes con afinidades que se proyectaban en la música, las artes plásticas, el cine y el teatro.

Aparecen entonces, como resultado de esa efervescencia, grupos que se reunían, por ejemplo, en los altos de La Voz de la Víctor (cerca del Parque Central), donde los mejores en movimiento escénico, personalidad y voces acaparaban los papeles más importantes, mientras que otros, amantes del arte pero tímidos, ingresaban al escenario quizás para anunciar solamente: "El señor Gobernador", o para toser, discretamente, tras el ocultamiento salvador de un biombo.

Figuras como el pintor Manuel de la Cruz González, quien tenía una excelente dicción y gran facilidad histriónica alternaban con Victoria Garrón, Raúl Trejos y María de los Angeles Coronado. A partir de ese momento y alrededor de los años cincuenta, surgen Anabelle Garrido, José Tassies, Daniel Gallegos, Guido Sáenz, Oscar Bakit y tantos otros que pugnaban por hacer teatro en Costa Rica, ya fuera bajo el alero de la máxima casa de estudios o en grupos independientes.

Sin embargo, cuando hablamos de los comienzos del teatro en Costa Rica no podemos menos que imaginar que algo y quizás mucho tuvo que ver el legendario y famoso Teatro del Aire de la Estación Nueva Alma Tica que transmitía obras de los Hermanos Alvarez Quintero, Alejandro Casona y tantos otros dramaturgos en noches inolvidables con los actores costarricenses Alberto Castillo, Isabel Quirós, Roberto Desplá, Carmen Granados, Ivette de Vives y otros que sembraron la semilla del amor al teatro en los oyentes de aquel tiempo, ayunos de la televisión y ausentes de la costumbre del cine cotidiano en todos los vecindarios.

De ahí al florecimiento notable del teatro en Costa Rica en la década de los años setenta, hay solo un paso. El paso que da el entusiasmo y la dedicación a una empresa, completamente desvinculada de beneficios económicos, pero altamente gratificante y estimulante.

En las décadas de los años cincuenta y sesenta aparecen grupos como "Las Máscaras", que luego se fusionaría para hacer "El Teatro Arlequín"; el Teatro de la Calle 4, que luego sería el GIT (Grupo Israelita de Teatro); el TEA (Teatro Experimental Autónomo), fundado por el actor mexicano Hernán de Sandozqui. En la década siguiente surgen El Teatro del Ángel, el Teatro Tiempo, el Teatro del Centro Cultural Costarricense Norteamericano (The Little Theatre Group), el Grupo Tierra Negra; el Teatro de la Alianza Francesa (Le Theatre de Poche); el Teatro Carpa y el Gruteacas (del Conservatorio Castella), amén de otros grupos pequeños, regionales, generalmente de muy corta vida.

Algunos de estos teatros han recibido o reciben subvención estatal. No obstante, hemos de decir, si queremos apegarnos a la verdad, que esta ayuda del Estado es tan pequeña que escasamente alcanza para cubrir el alquiler del local en que se trabaja (bien conocidos son los altos costos de producción teatral). Ha habido mucha especulación y una cierta dosis de mezquindad a la hora de estudiar, enfocar y analizar la labor de los teatros independientes y su respuesta a esta ayuda estatal. Si queremos ser consecuentes con el interés que debe existir en toda sociedad medianamente culta hacia el teatro, hemos de reconocer que el Estado debe, no solamente dar subvenciones sino estimular de muy diversas formas la existencia de los teatros independientes. Puede y debe haber orientación, pero ésta debe estar basada en un respeto mutuo.

El Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes debe contribuir financieramente a la aventura teatral, y la llamo así porque considero que toda presentación de una obra es, realmente, una aventura en la que intervienen, amén de los conocimientos, de los recursos humanos y materiales de la compañía de teatro, una buena dosis de espíritu aventurero; utilizando un lugar común pero que refleja bien esta realidad, la cualidad quijotesca de luchar contra obstáculos de toda índole para ir en pos de un sueño.

Los teatros independientes, además de contribuir, con sus programaciones, a una confrontación entre la Compañía Nacional de Teatro, los teatros universitarios y sus propias producciones, acogen a los actores que forman las escuelas de artes dramáticas de las Universidades, el Taller Nacional de Teatro y el Conservatorio Castella, además de servir de puente para trabajos de escenógrafos, diseñadores de vestuario, maquilladores, iluminotécnicos, etcétera, en fin, todo el espectro del mundo teatral.

Si solamente hiciéramos un recuento de la producción de los teatros independientes en los últimos años, encontraríamos una labor digna de encomio, con obras de autores universales y nacionales, con giras en colegios y comunidades, creando público, enriqueciendo el ambiente cultural, y este espíritu de lucha y de constante mejoramiento en los teatros independientes que es algo que vale la pena fortalecer y estimular. ■